

EL PRIMER VEHÍCULO EN EL QUE me llevaron después de nacer fue un cochecito llegado de la lejana Alemania a través de los mares, ribeteado con un friso de latón cincelado. Un lazo de curvas elegantes sostenía el cuco y una tela de encaje cubría generosamente el interior, suave como un plumón. El manillar brillaba, por supuesto, pero también los fuelles de la capota y los herrajes de las ruedas. La almohada en la que colocaba mi cabeza llevaba bordada la palabra «Tomoko», con unas letras coloreadas de rosa pálido.

Mi tía se lo había mandado a mi madre como regalo de nacimiento. El marido de mi tía había sucedido a su padre como director de una fábrica de bebidas, y su madre era alemana. Hasta aquel momento habríamos podido buscar

en toda la familia, y no hubiéramos encontrado a nadie que tuviera vínculos con el extranjero; ni siquiera ninguno de nosotros se había subido a un avión. Así que cuando nos referíamos a mi tía, siempre añadíamos, como si formara parte de su nombre: «la que está casada con el extranjero».

En aquella época, mis padres y yo vivíamos en una casa de alquiler de Okayama, y seguramente el cochecito era lo que más valor tenía de todos nuestros enseres. En una foto sacada delante de la casa, el cochecito, desproporcionado en comparación con el tamaño de la vieja casa de madera, apenas si cabe en el jardincito, y destaca más que el bebé, que habría debido ocupar el centro de la imagen. Cuando mi madre lo llevaba por los caminos del campo, toda la gente con la que se cruzaba se volvía, y cuando se trataba de conocidos, parece ser que se acercaban para tocarlo por aquí o por allá. Entonces se extasiaban diciendo: «¡Qué cochecito tan bonito!», y luego se iban sin decir si encontraban bonito al bebé metido dentro.

Desgraciadamente, no recuerdo si era cómodo. Cuando me di cuenta de lo que pasaba a mi alrededor, o sea cuando ya fui demasiado grande para caber en el cochecito, éste ya ocupaba su lugar, presidiendo el trastero. El encaje se había puesto un poco amarillento y conservaba manchas de la leche que había yo regurgitado, pero aún seguía teniendo la elegancia de antaño. Incluso rodeado de bidones de plásti-

co y de persianas de bambú enrolladas, seguía exhalando un aroma a remotos países extranjeros.

Mientras respiraba aquel perfume, me gustaba dejar mi imaginación mariposarse en torno a mi infancia. Se me figuraba que yo era una princesa de un país lejano raptada por un criado renegado que me había abandonado dentro del cochecito en el bosque. Si se hubiesen quitado las hebras con las que estaba bordado el nombre «Tomoko», seguramente hubiese aparecido debajo la huella de mi verdadero nombre dejada por la aguja. Elizabeth o Angela... En la invención de tales historias, el cochecito desempeñaba un papel importante.

El vehículo que me llevó más tarde hacia el mundo exterior fue la bicicleta de mi padre. Una bicicleta negra, sin ningún adorno, que emitía un triste chirrido. En comparación con el cochecito de fabricación alemana, había que admitir que era bastante austera. Cada mañana, mi padre ataba su bolsa en el portaequipajes y se iba a trabajar a una administración. Los días de descanso, me instalaba en ese mismo portaequipajes para llevarme al parque.

Aún me acuerdo de las sensaciones que me procuraba aquella bicicleta. Las firmes manos que me levantaban con facilidad, la espalda impregnada de olor a tabaco, la corriente de aire generada por las ruedas.

—Agárrate bien. No me sueltes, eh...

Mi padre se giraba, y después de haberse asegurado de que yo me agarraba a los flancos de su jersey, empezaba a pedalear. La bicicleta, indiferente a las cuestas abruptas y a los bruscos recodos en las calles estrechas, pasaba por todos los sitios. Aferrada a la espalda de mi padre, estaba convencida de que podría llevarme a cualquier lugar del universo.

Aunque, siguiendo sus instrucciones al pie de la letra, yo nunca solté su jersey, fue mi padre quien se alejó, solo y sin avisar. Por culpa de un cáncer de estómago descubierto demasiado tarde. En 1966, poco tiempo después de que yo empezara la escuela primaria.

El 15 de marzo de 1972, día de la ceremonia de fin de curso, fue inaugurada la primera conexión del Shinkansen Sanyō entre Shin-Osaka y Okayama.¹ Al día siguiente, con doce años, cogía sola el tren, acompañada por mi madre hasta la estación de Okayama, aún engalanada con las decoraciones de la inauguración.

1. La línea Shinkansen Sanyō (山陽新幹線) es una línea de alta velocidad japonesa dedicada al transporte de viajeros entre Osaka y Fukuoka. Inaugurada en dos fases en 1972 y 1975, se trata de la segunda línea más antigua de alta velocidad en Japón y en el mundo.

Era totalmente diferente a todos los vehículos que había cogido hasta entonces. Era sólido pero frío, ruidoso, y no encontré ninguna mano caritativa a la que agarrarme.

Hasta nuestra llegada al andén, mi madre me iba repitiendo sin parar las mismas recomendaciones (no pasarme de parada, no perder el billete, y si lo perdía, pedir ayuda al revisor), y cuando me disponía a subir al tren, de repente dejó de hablar, la voz se le ahogó en sollozos. Lloró mucho más que cuando murió mi padre. Gruesas lágrimas que caían pesadamente de sus pestañas postizas medio despegadas.

Desde la muerte de mi padre, se ganaba la vida trabajando en una fábrica textil y también como costurera a domicilio. Pero poco antes de mi entrada en el instituto, creo que se replanteó su vida desde una perspectiva más amplia. Había decidido ir a estudiar durante un año a una escuela especializada, en Tokyo, para mejorar su técnica de costura, con el objetivo de encontrar un trabajo más estable. Después de haberlo hablado juntas, nos habíamos puesto de acuerdo: ella viviría en la residencia de la escuela, mientras que a mí me confiaría a la familia de mi tía que vivía en Ashiya. Alquilar un piso en el centro era financieramente impensable, así que sólo me quedaba aceptar la generosidad de mi tía.

Pero yo no estaba tan deseosa de cambios como mi madre. Aunque aquella tía fuera la que me había regalado el cochecito.

En ese momento, mi tío ya era director de la compañía de bebidas. Tenía dos hijos —mis primos—: un varón de dieciocho años y una chica un año menor que yo, que aún iba a primaria. El hijo mayor, que acababa de irse a estudiar a Suiza, no vivía en la casa en aquellos tiempos. Pero otra persona, la abuela alemana, vivía con ellos. La mitad de la sangre que corría por las venas de mi tío era occidental, y por la de mis primos, un cuarto.

Yo no los conocía, pero debido a que eran nuestros familiares más singulares, les tenía cariño, de un modo ciertamente arbitrario, y pensaba saberlo todo acerca de la familia y con gran lujo de detalles. Estaba convencida, sin razón alguna para ello, de que, como me habían regalado un cochecito tan bonito, mi nueva vida transcurriría seguramente muy bien por más que mamá no estuviera.

—Venga, sube.

Nos quedaba algo de tiempo antes de la salida, y sin embargo me apremiaba para que me subiera al tren. Cuando ya estuve sentada en mi asiento, desde el otro lado de la ventanilla me hizo las últimas recomendaciones por gestos (pon tus cosas en la redecilla, si tienes calor quítate la rebeca, comprueba por última vez que llevas tu billete). Cuando por fin el tren se puso en marcha, secándose las lágrimas con una mano, mi madre no paró de agitar la otra para despedirse.

Al bajar en la estación de Shin-Kobe, comprobé que cuanto había imaginado era cierto. Aquel hombre no tenía ningún signo particular, pero supe desde la primera ojeada que el que estaba ahí era mi tío. Llevaba un traje gris perfectamente planchado y una elegante corbata; estaba apoyado en el capó del coche, con las piernas cruzadas y una gran desenvoltura. Tenía el pelo castaño, suave y rizado, era más alto que todas las personas que se encontraban en los alrededores, y sus rasgos hundidos alrededor de los ojos resaltaban en la luz primaveral. Cuando me vio, levantó una mano al tiempo que decía «Hola» con una gran sonrisa.

No podía creer que un hombre tan guapo pudiera sonreírme a mí sola, y lo saludé de manera torpe.

—Bienvenida. El viaje en el Shinkansen, ¿cómo ha ido?

Mi tío se inclinó para mirarme, me cogió la bolsa y, como si yo fuera una princesa, abrió para mí la puerta del coche.

—Adelante, señorita.

Su voz era tenue y ahuecada, sus gestos delicados, sus ojos del mismo color castaño que el pelo; todo me daba palpitaciones.

—Se lo agradezco —conseguí pronunciar por fin.

Sentada en medio de la banqueta, me di cuenta de que se trataba de un coche de lujo. El interior era tan amplio

como un despacho y en él flotaba un olor extraordinario. El cuero de los asientos relucía, había un montón de botones frente al asiento del conductor, evidentemente, pero también debajo de las ventanillas, cuya simetría había sido cuidadosamente estudiada. Aún no había oído arrancar el motor cuando se puso en marcha suavemente, con suma elegancia. Era un vehículo adaptado al estilo de mi tío. Supe mucho más tarde que se trataba de un Mercedes.

Para relajar el ambiente, mi tío me hizo preguntas sobre Okayama, luego me habló del colegio adonde iba a ir; pero yo, absorta en la contemplación de su perfil, sólo le daba respuestas telegráficas. Bastaba con que tocara la palanca de cambios o el botón de la climatización para que todo aquello se me volviera atractivo. Mi madre llorando en el andén me pareció pronto una escena de un lejano pasado.

Al cabo de una media hora, el coche tomó por la carretera nacional a la izquierda, y seguimos en dirección a la montaña, a lo largo del río. La cadena de los montes Rokko quedaba más cerca de lo que pensaba. Pasamos por debajo de la vía férrea aérea, luego atravesamos un puente, y a partir de ahí la carretera empezó a subir al tiempo que se estrechaba. El follaje de los árboles se recortaba sobre nuestras cabezas, se oían los pájaros gorjeando. Paralelamente a muretes de piedra seguían las ondulaciones de la carretera, se divisaban los tejados de las casas como anegadas en la vegetación. Mi tío

tomó tranquilamente por un camino abrupto donde apenas podían pasar dos coches. Poco después el coche cruzó suavemente un pórtico cuyos batientes estaban abiertos, contorneó a medias la colina y se paró al pie de un portal.

—Ya estamos, señorita.

Mi tío abrió la puerta y me cogió de la mano.

—¿Ésta es la casa? —pregunté—. ¿De verdad que ésta es la casa?